

“Anudemos-nos”. En torno a un pronombre político

de MARIELLE MACÉ

Traducido por Maria del Pilar Gavilanes

Abstract

Inspired by the title of Emmanuelle Pagano’s book, *Nouons-nous*, this article (already published in French as “«Nouons-nous». Autour d’un pronom politique”, *Critique*, 2017/6, n. 841-842, 469-483) interprets this formula as a call to a political reflexion on the common. The impulse force contained in this title pushes the author to review various implications of the term “nous” (we/us), where “the question is to know, to feel, how we connect, and *to what* we connect ourselves”. The aim is to understand that *nous* is not a simple “sum of subjects added together but a collective subject, amplified around a specific enunciation. *We* does not mean ‘all those who are like me,’ but rather ‘all those who can be the *I* of this *we*.”

Anudemos-nos: la novelista Emmanuelle Pagano ha dado este bello título a uno de sus libros recientes (Pagano 2013), una recopilación de historias donde cada capítulo se ocupa de decir la forma precisa de una relación de amor.

Anudemos-nos (anudémonos); esta fórmula porta, arrastra, tiene la exactitud del poema, infalible. Se recibe el “nos” (nosotros) como una suerte de llamado: sí, hagámoslo, anudémonos. Se entiende que en el “nos” alguna cosa (¿pero qué exactamente?) se anuda, debe anudarse y podrá, entonces, también desanudarse. Se adivina también que pensar y experimentar el “nosotros” amoroso podría no ser inútil en una reflexión sobre lo común; dicho de otra manera, que el “nosotros” del amor podría, si se lo escucha, llevar a lo político (esta expansión del “nosotros” amoroso, objeto milenario de la lírica, fue además el terreno de elección de los poetas de la Resistencia: Aragon, Éluard, Char, como lo es hoy en día para alguien como Stéphane Bouquet). Se presiente que alguna cosa puede, sin embargo, rápidamente ponerse a tartamudear o enquistarse en el proferir de “nosotros” – en un abuso de “nosotros”, de este “nosotros” muy anudado que se conoce bien hoy en día. Se comprende, en fin, que reviene sin ninguna duda a la reflexión lingüística y a la literatura el excavar las escenas posibles de “nosotros”, de los “nosotros”, pues es de lengua, de pronombres, de toma de palabra – y no solamente de comunidad o de plural – de lo que, con “nosotros”, se trata. Dicho de otra manera: se necesita para pensarlo la ayuda de los escritores y de todos aquellos animados por una relación meditada con la lengua (de todos aquellos para quienes la lengua cambia alguna cosa).

La fuerza de impulso, de llamada, pero también la especie de alerta que hace escuchar

el título de Emmanuelle Pagano me remitieron a varias reflexiones recientemente consagradas por filósofos y escritores al pronombre “nosotros”; algunas toman la lengua (es decir, aquí, la gramática de los pronombres) y las maneras en las que se puede experimentar seriamente lo político, apoyándose principalmente en Benveniste; otras no se ponen realmente a su escucha. Y entonces se exhortan pensamientos, ímpetus y prácticas de lo colectivo bastante distintos.

¿A dónde van los círculos?

Tristán García, filósofo, publicó el año pasado un amplio ensayo titulado *Nosotros* (García 2016). Recorre toda la aventura de la emancipación o, más bien, de las emancipaciones modernas, es decir, de la llegada a la visibilidad de colectivos antes invisibilizados. Estos colectivos son concebidos como tantos “nosotros” diferentes, proliferantes, contradictorios (nosotros las mujeres, nosotros los judíos, nosotros los negros, nosotros el pueblo, nosotros lo que vive, etc.), pero susceptibles de cruzarse en el interior de cada individuo. Tristán García se interroga, así, sobre la multiplicidad interna que marca hoy en día, más explícitamente que antes, toda identidad individual. Parte también en busca de “coerciones” de identificación que habría verdaderamente al fondo de nosotros, pone énfasis en mostrar la fragilidad de cada una de las grandes categorías de pertenencia (la especie, el género, la raza, la clase, la edad, tratadas según una misma lógica “ensambladora”, y que él se emplea – ¿pero es todavía necesario? –, a desnaturalizar) y en diagnosticar una crisis de estas categorías, a fin de explicar cómo nuestra época, que no cree más, las mantiene a pesar de todo en muchos usos estratégicos. Concluye, en fin, en la esperanza de una relación flexibilizada con la identidad que no fuerza ni las diferencias ni las semejanzas.

El libro está sólidamente estructurado, hormiguan casos y recordatorios históricos y ayuda a nombrar, con el problema de “nosotros” o, más bien, de los “nosotros” y de sus enfrentamientos, un punto vivo de nuestras existencias contemporáneas: de nuestras maneras de vivir la política, de experimentar solidaridades o conflictos, y sobre todo de *decir* lo político (de decir verdaderamente lo que nos hace falta, lo que necesitaríamos).

Tristán García tiene razón al plantear la pregunta de “nosotros” en el terreno del compromiso y de las emancipaciones: pero su análisis toma el riesgo de fragilizarse en una interrogación un tanto convenida sobre la pertenencia, que en el mejor de los casos se ve pluralizada, complicada, desnaturalizada, pero no precisamente repensada en la escucha de la lengua. Porque *Nosotros* no entra verdaderamente en materia sobre “nosotros”, no abre el espacio lingüístico de la palabra “nosotros”, no avanza sobre la escena pronominal. Su sujeto es a la vez más amplio y más simple: es, me parece, la gran cuestión de la comunidad o, más bien, de las comunidades y de la participación de cada uno de nosotros, hoy en día, a una pluralidad de “círculos” identificadores, focos de fidelida-

des, de rasgos y de reivindicaciones, en el centro de los cuales cada uno tiene que situarse. Tristán García se pregunta, así, qué sucede con la identidad contemporánea, una identidad hecha de inclusiones plurales y de exclusiones múltiples, es decir, de pertenencias contradictorias. Y relaciona la cuestión pronominal a la de una multiplicidad de *nombres*: las mujeres, los homosexuales, los franceses, los vivientes, etc.

El imaginario espacial que anima el conjunto de este enfoque (el recorte de “círculos”, con su perímetro, sus intersecciones, sus sobreposiciones – para una identidad en “calcos” apilados, opacándose los unos a los otros) tiene su originalidad, pero alienta una figuración tal vez demasiado simple de lo político, reconduce a asuntos de identificación y de pertenencia – de pertenencia de un sujeto a más amplios conjuntos, estos nombres con los cuales se identifica, que existen alrededor de él como contenedores y que se organizan en tantos subconjuntos: «A cada diámetro de este círculo que aumenta o disminuye corresponde un estado dado de nosotros» (García 2016: 9). Esto permite iluminar las identificaciones contradictorias a las cuales los sujetos son con frecuencia sometidos, y entre las cuales deben trazar su camino político: una mujer negra homosexual por ejemplo, ¿con qué nombre se identificará para esperar mayor libertad? «Todo es una cuestión de prioridad entre los círculos» (30). Por cierto,

de tiempo en tiempo, en ciertos instantes importantes de nuestras vidas, nuestro orden de nosotros cambia repentinamente y la forma misma de nosotros se transforma: nos sentimos trastornados y convertidos, o bien, secularizados de nuestras antiguas convicciones. Cada uno ha tenido la experiencia de cambiar en sí la prioridad de sus pertenencias, y de ver así transformarse ante sus ojos el recorte de todo lo que percibe. (113)

La cuestión es fuerte. Pero no es exactamente plantear el problema de “nosotros”, ni el del “común”, que implican interrogar no los conjuntos o los cortes, sino lo que puede ser un sujeto colectivo, un sujeto que no corresponde a ninguna persona determinable; y entonces interrogar el tipo de vínculos que se inventan, se instituyen o se fuerzan en el sujeto colectivo: anudar y desanudar. (Así el *Comité invisible* llama, desde la publicación de *La insurrección que viene*, a la constitución de un nosotros que «no se definirá – como lo hacen generalmente los colectivos – por un dentro y un fuera, sino por la densidad de los vínculos que lo componen» (citado en García 2016: 41).)

El autor se muestra tan poco sensible a la cuestión pronominal que, por ejemplo, “Nosotros somos todos judíos alemanes” o “Somos Charlie” (a decir verdad, era más bien “Yo soy Charlie”) le parecen enunciados amenazados de “inconsistencia”, porque no pueden dar lugar a identificaciones literales. Es hacer poco caso de lo que se inventa en escenas gramaticales como estas. Y que para “Yo soy Charlie”, sobre todo, no consistía realmente en reenviar «cada uno a una brutal cuestión identitaria pidiéndole responder» (Boucheron & Riboulet 2015: 86): ¿eres o no eres?, sino al compartir de un duelo donde no se trataba de endosar una propiedad sino una herida. Fórmulas de hospitali-

dad, no de identificación.

Hablar del “nosotros”, hablar de “nosotros” y por un “nosotros” alienta, en efecto, una interrogación de un orden un tanto distinto, y supone una atención lingüística, adosada a una paciencia y a una intensidad en la relación con la lengua y sus escenas; disposiciones que se puede, con confianza, buscar en los poetas o los autores que se esfuerzan por mantenerse sostenidamente a su escucha; en primer rango, en el trabajo impresionante conducido por Martin Rueff (2017) sobre las “transacciones pronominales”, del cual el autor sienta las bases en el mismo número de esta revista¹.

A la representación espacial de círculos concéntricos o interseccionados, la lingüística tiene, en efecto, mucho que objetar y alienta a entender en “nosotros” otras cosas; experimentar que “yo” no está en “nosotros” como un *ítem* en un conjunto. Que a propósito, “nosotros” no es un “en”. Que “nosotros” no “recorta” un subconjunto en el gran círculo de “todos”. Que se dice tanto para “yo y usted” que, contra usted, por “mí y ellos”. Que no es el plural de “yo”; y que no es necesariamente, no siempre (eso lo sabemos), un plural.

Nostraciones

Es Emile Benveniste (1997) quien ha dado de la cuestión de “nosotros” la descripción más fina; esta descripción sorprende, desplaza e invita a reabrir la cuestión política, al interrogarse sobre el tipo de sujeto que es entonces el sujeto colectivo. Benveniste ha notado que en casi ninguna lengua “nosotros” está construido a partir de “yo” (a diferencia de la tercera persona del plural, que pluraliza simplemente el singular de “él” o “ella”); “nosotros” es otra palabra que “yo”, no deriva de ella, no la pluraliza. Y queda claro, precisa Benveniste, “que la unicidad y la subjetividad inherentes a ‘yo’ contradicen la posibilidad de una pluralización”. Es que “yo” y “nosotros” son hechos de la lengua; no son los nombres gramaticales del individuo o del grupo, ni sus equivalentes, son posiciones de palabra, y la palabra regenta de otra manera el singular y el colectivo; porque no hay pluralización posible de la posición del sujeto actual del discurso: no se puede hablar “juntos” – se puede cantar o rezar en coro, pero no exactamente hablar.

“Nosotros” no se construye entonces con “yo”. “Nosotros” no es el plural de “yo”, es, precisa Benveniste, la “conjunción” indeterminada de “yo” con “no-yo”, el resultado de un “yo” que se ha abierto a lo que él no es (la imagen me parece muy baudelairiana), y que se ha “dilatado”.

Es con base en la lectura de las proposiciones de Benveniste, que Jean-Christophe Bailly fundó el bello texto titulado “‘Nosotros’ no nos rodea” (Bailly 2014b), que publicó en el 2014 la revista *Vacarme*; con el apoyo de la lingüística, pero igualmente con la ayuda de la poesía, pues la poesía sabe instituir sus propias escenas pronominales, inventarlas,

¹ La autora se refiere al número de *Critique* donde se publicó la versión original (francés) del presente artículo [N.T.].

afilarmas, abrimlas y tentar otras frases. Es entonces como filósofo y poeta que Bailly emprende en este texto mirar la configuración de sentido tan específica del pronombre “nosotros”, que dice cosas sorprendentes en cuanto a nuestros vínculos, nuestros nudos y desamarres, pero también en cuanto a la constitución histórica de nuestros colectivos y nuestras maneras de relacionarnos con estos, de experimentarlos, de favorecerlos o de rehuirlos.

Bailly parte de la gramática de los pronombres y considera las situaciones de enunciación de “nosotros”, sus performances a la vez precisas y temporales, a las que llama “nostraciones”; tiene la audacia de esbozar una historia de estas “nostraciones”, que sería la de las diferentes edades políticas de la comunidad (las formaciones tribales, las naciones soberanas o las grandes constituciones religiosas); e insiste sobre la posibilidad de partida, la tentación de salir del o de los “nosotros”.

Considerando el “nosotros”, la posibilidad de salir, en la herencia del romanticismo alemán que tanto le importa a Bailly, está asegurada aquí por “la irreductibilidad irónica y welteuropeenne de *Yo* que impide el cierre sobre la identidad” (Bailly 2014b: 172). Se puede no estar de acuerdo con el hecho de fundar sobre el “yo” la abertura de “nosotros” (¿por qué no, por ejemplo, sobre otras formas del colectivo, otras maneras de relacionarse al “no-yo”, dicho de otra manera, otros anudamientos?). Queda lo esencial: la respiración reclamada por Bailly, su atención al abuso actual de “nosotros”. Por cierto, en libros tan importantes como *El Dépaysement. Viajes en Francia* (2011) o *Francia(s), territorio líquido* (2014) (que se puede considerar tratan también de “nosotros”, en la ocurrencia del “nosotros” nacional, y lo atrapan por la consciencia de sus peligros, justamente los de una comprensión identitaria o de conjunto del colectivo), la abertura no se apoya sobre el “yo”, sino sobre la atención paciente a la multiplicidad indócil de las maneras como se vive y se ve el país, y que hacen de “Francia” otra cosa que una unidad recortada de la superficie del globo: el equivalente de una piel de animal estirada, en algunos sitios transparente, lista a ceder, hecha de lugares de toda clase, amables o no, pero descritos con paciencia, consideración y precisión. Lugares que despliegan tantos regímenes de espacialidad y de prácticas, de olvidos, de repliegues, de sueños, y que son tantas maneras para el país de ser un país, de decir, de contar o de creer que es un país. No se trata de dar la espalda a la cuestión de la identidad, renunciando a pensarla. Sino de pensarla de otra manera y, por ejemplo, de oponer a la emoción de la pertenencia la de la “procedencia”: yo vengo de aquí, ni más ni menos, la vida para mí vino en este lugar, luego ella hizo una línea. *El Dépaysement* es una lucha contra el “empaisamiento”, y se pone a la escucha de eso: alguna cosa que “se sostiene, se mantiene”, “que no cuadra necesariamente con los límites”, que es como una “emisión” (Bailly 2014a: 152), no una cosa sino un *envío* que se propaga. Toda la tarea era la de liberar en la “forma-país” esta emisión: hurgar la identidad para mostrar que “no existe sino como una cosa que se fabricó a lo largo de los siglos, justamente por sus bordes, por contactos, por el hecho de que está atravesada, es atravesable, visitada y visitable, curiosa y abierta”, para devol-

verla a la pista. El país se daba como una frase amenazada «sin interrupción por todo lo que busca convertir el misterio de la identidad en sistema de valores» (151). Un país (este país) no era concebido como un contenedor, un efecto de corte, sino como una configuración móvil de efectos de bordes y de efectos de fuga. Y se sentía bien, en el 2011, el poder experimentar así el país; fue dos años después de que los historiadores franceses se vieran «mandados, por orden gubernamental, a subir valerosamente a la frontera con el fin de consolidar ‘la identidad nacional’, enterrando de manera cada vez más profunda estas famosas ‘raíces’ que esperábamos cristianas» (Boucheron 2010: 11). Cambiaba todo el no preguntarse lo que es Francia, quién es francés, qué es exactamente dentro, y fuera, sino cómo es Francia, aquí, allá, cómo se vive en tantos puntos del territorio...

La aproximación pronominal también cambia todo², y de una manera bastante similar, autorizando (obligando, y felizmente) a no plantear a “nosotros” la pregunta de “quién” (¿quién está en “nosotros”, quién no está, en cuántos “nosotros” estamos?), sino más bien ¿qué tipo de forma es, cómo se hace y se deshace, cómo nos apoyamos, cómo escapamos? Pues si “nosotros” opera una junción “entre el ‘yo’ y el ‘no-yo’”, a la determinación de este “no-yo”, “nosotros”, precisamente, se sustrae. Alguna cosa en “nosotros” debe, de alguna forma, ilimitarse. De modo que «aunque en regla general el “nosotros”, tal como funciona en el uso cotidiano, es a fin de cuentas bastante transparente, su indeterminación sigue acompañándolo y le sigue como su sombra, se mantiene sin asignar ninguna comunidad para quedarse estable bajo su llamado», de modo que también, en lugar de «considerar esta indeterminación como una falta, tal vez se la deba abordar positivamente», es decir, decidir apoyarse sobre ella, y a partir de ahí, «considerar la indecisión [...] como una condición de funcionamiento, como lo que permite a “nosotros” no cerrarse sobre sí mismo y a la comunidad que designa de no concebirse como un círculo con circunferencia impermeable sino como el momento de una formación siempre en curso». Este es un anhelo, porque «hoy en día para ninguno de nosotros el ‘nosotros’ se presenta estrictamente de la misma manera» (Bailly 2014b: 176-178), y por eso es que el examen de los anudamientos y desamarres (y no la interrogación de “¿quién es nosotros?”, sino el examen de las múltiples “nostraciones”) debe ser llevado a cabo pacientemente.

“Nosotros’ no nos rodea” está retomado en la abertura de la última recopilación de Jean-Christophe Bailly, *Ampliación del poema* (2015); lo que habla bastante bien de que la poesía puede ser una arena donde se trabajan, se afilan y se exponen las situaciones de lenguaje abiertas por el pronombre “nosotros”, abiertas y susceptibles de reabrirse cada vez que se frasea, que se intenta frasear, lo político.

² La revista *Klesis*, ligada a la tradición analítica, ha titulado uno de sus últimos números “Dire nous” (decir-nos), y también ella, al menos inicialmente, ancla su reflexión en la definición de la persona heredada del pensamiento de la lengua de Benveniste.

El abuso de nosotros

Es atento también a esta circunstancia particular del pronombre, al hecho de que no sea el plural de “yo” y que no haya, propiamente dicho, una primera persona del plural, que Bruno Karsenti (2017) medita “la cuestión judía de los modernos”, en una obra que acoge una *filosofía de la emancipación*, y de la que algunas páginas fueron publicadas primero en la revista *Po&sie*. Es un análisis magistral, a la vez muy abierto y muy controlado, que dialoga con Benveniste, pero también con la lectura que hizo Jean-Claude Milner en *El periplo estructural* (2002), y con los efectos históricos de proferir el “nombre judío” y de su reposición en un “nosotros” que le vino, muy frecuentemente, de fuera y de un requerimiento obligado de identificación.

Bruno Karsenti se interesa en una carta abierta de 1942, escrita por Marc Bloch y Georges Friedmann en respuesta a “Nosotros, Israelitas de Francia...”, un llamado de la Unión general de Israelitas de Francia que había sido creada en 1941 por Vichy, obligando a todo judío a inscribirse y a aportar una cotización – a “declararse”, es decir a exponerse y a pagar. Judíos “de Francia” entonces, y no “franceses”, que se encontraron obligados a formar una unión. Marc Bloch redactó una carta, firmada por una serie de intelectuales, entre los cuales Benveniste, que comenzaba con estas palabras: «Señores, israelitas franceses, nos dirigimos a ustedes...»; la modificación que imprimía a la fórmula “Israelitas de Francia” decía bastante bien que él no se reconocía otro porvenir que *francés*, encarnado en la sociedad nacional, la que el gobierno de Vichy había justamente roto.

La fuerza de análisis de Bruno Karsenti, que sigue de cerca a Jean-Claude Milner, consiste en imaginar el desconcierto que pudo haber afectado a Benveniste, el pensador de la lengua y de las subjetivaciones en la lengua, en el momento en que tuvo que firmar para protestar, al mismo tiempo que no podía rebelarse, indignarse incluso ante la obligación de cada cual de decir “nosotros”. El error está en que ninguna subjetividad gramatical se constituía aquí en la enunciación, siendo remplazada, de entrada, por un colectivo impuesto.

“Su injusticia es nuestra cólera” resuena en cada ocurrencia de “nosotros”, es desencadenada cada vez por la obligación de decir *nosotros*, es decir, al ya no hablar en tanto que sujeto, al no constituirse en sujeto en el lenguaje. El crimen de “nosotros” es un desvío del lenguaje como único lugar de existencia del sujeto. (Karsenti 2017: 339-340)

Es lo que sucedió en el llamado “Nosotros, Israelitas de Francia...”, y la indignación que seguramente sintió el lingüista «es aquella de haber sido convocado en la lengua, al precio de un desvío de la lengua misma» (Karsenti 2017: 352). El colectivo, aquí, no tendría que decirse, declararse, tomar esta forma en aquel más amplio de la nación. Este “nosotros” estaba “mal formado”, y es lo que una política republicana debía haber pre-

venido, ella para la que hay una liberación a decir “nosotros”.

«Hay en la política – concluye Bruno Karsenti – un riesgo constitutivo de deslizamiento, la insinuación de una falta lógica: la de hacer pasar el nosotros por un verdadero plural y, entonces, quebrar su constitución discursiva». Y aquí, la cuestión judía toca al vivo el proyecto moderno, el de una emancipación que su historia ha restituido relevante y maquillada en “problema a resolver” (22).

He aquí una puesta en guardia contra el abuso de “nosotros”. Y una puesta en guardia que no se formula en nombre de “yo”, como si le correspondiera hacer vacilar el “nosotros”, sino que invita, al contrario, a calificar el tipo de anudamiento del que debemos hacernos capaces para sabernos socializados en el periodo moderno; es decir, para ser capaces de pertenecer al mismo tiempo que somos el sujeto de una aventura de emancipación. «El problema no es ser verdaderamente yo o de jamás serlo realmente», el problema es el de «las relaciones – lingüísticas y sociales – que subtienden la posibilidad de decir yo tanto como de decir nosotros» (358-359). Definitivamente, la cuestión es saber lo que anuda el “nosotros” (en consecuencia también lo que puede desanudarlo), y no el nombre, ni el número, de los que se suponen pueden ser contados. Bruno Karsenti lo dice con las palabras de Durkheim: la emancipación progresiva del individuo no implica que se arranque de la sociedad sino «que se vincule a ella de otra forma que otrora» (19). No: cómo abstenerse de decir “nosotros”, sino más bien, ¿cómo y cuándo realmente juntarse y decirlo?

¿El plural de qué?

Abrir la escena lingüística, abrir además la arena poética, transforma el orden mismo de las preguntas planteadas a “nosotros”. Esto autoriza, obliga incluso, se ha comprendido, a no preguntarse de entrada “quién” es “nosotros”, o de qué exactamente está compuesto el “nosotros” – cuál es su extensión, su intersección con otros –; sino qué es “nosotros”, lo que instaura el “decir nosotros”, qué tipo de vínculos y de experiencia favorece o, al contrario, prohíbe y hace más difícil. Se trata de preguntarse lo que esta configuración lingüística cambia, cambia verdaderamente para “nosotros”.

Y es, por ejemplo, hasta la idea planteada con calma en abertura de *Nosotros*, aunque constituye una hipótesis a la vez razonable y estimulante – «Admitamos que el sujeto de la política es nosotros» (García 2016: 7) –, aunque nos importe, nos porte y tenga razón de darnos ganas, es hasta esta idea que la escucha de la lengua fragiliza, obligando a tener paciencia.

El trabajo de Martin Rueff sobre el conjunto de pronombres opondría a esta idea, sin duda, algunas preguntas importantes; por ejemplo, la que consistiría en preguntarse, sin decidirlo muy rápidamente, cuál es el pronombre de lo político; pues nada dice que “nosotros” sea el único, el bueno. Jean-Claude Milner desarrolla la convicción de que la polí-

tica concierne a los sujetos hablantes, rigiendo la toma de palabra y la privación de la palabra en el seno de una multiplicidad, y se preguntó también si existían los “pronombres políticos” (Milner 2007). Para Rousseau, por ejemplo, que sirve de guía a Martin Rueff en su investigación sobre la gramática de los pronombres, “nosotros” es la arena de la relación de amor, donde se pierden pasionalmente dos “yo”, mientras que la escena política nace de una justa articulación entre el “todos” y el “cada uno” – no de “algunos” (esto será la base del liberalismo, que no *anuda* nada) –, sino de un cierto tipo de anudamiento de “cada uno” y de “todos”, juntando de otro modo el “yo” y el “no-yo”, imponiendo una convicción de igualdad, pensando la indeterminación en vez de contabilizar (el indefinido pronominal consueña aquí con la indeterminación que Claude Lefort situaba en el centro de la forma de vida democrática).

Por mi parte, soy sensible a la insistencia actual de la izquierda, y por ejemplo de Chantal Mouffe (2016), que plantea que la vida política reposa sobre la construcción conjunta, asumida y combativa de un “nosotros y ellos”; y si “nosotros” es aquí el pronombre de lo político, no es como contorno de un círculo identitario sino indisociable de un “ellos” políticamente construido, en tanto que declara y persigue un conflicto inicial, que no plantea una cuestión de pertenencia sino de lucha. El “nosotros y ellos” que impone la convicción de que debemos fundar la acción política sobre la evidencia del disentimiento, este “nosotros y ellos” no es indudablemente asunto de identificación, sino de determinación de una causa, una gran causa, por la que valga la pena arriesgarse y que diga lo que se defiende – porque no defendemos todos la misma cosa. Y este llamado me parece poder ser tanto más justo si entendemos el “nosotros” en toda la singularidad semántica que acaba de ser recordada aquí, si “nosotros” no va por sí mismo y nace de la lucha. La cuestión es saber, experimentar, cómo nos anudamos y *a qué* nos anudamos (y contra qué, y cómo “contra” – sin necesariamente devolver violencia contra violencia, por ejemplo: “Ustedes no tendrán nuestro odio”, se leía, luego de la masacre del Bataclán).

Porque ¿qué es entender verdaderamente que “nosotros” no es el plural de “yo”, que no es la agregación de varios “yo”? ¿Qué es ponerse a la escucha de esta condición de la lengua, en la que se viven la política y sus dinámicas de toma de palabra o de privación de palabra? Es entender que “nosotros” no designa una adición de sujetos sino un sujeto colectivo, dilatado alrededor de una enunciación. “Nosotros” no significa: todos aquellos que son como yo, sino: todos aquellos que podrán ser el “yo” de este “nosotros”, endosarlo, retomararlo por su cuenta, todos aquellos que podrán hablar en nombre de “nosotros”, todos aquellos que anudan una causa. El “nosotros” de la lengua es ese sujeto que se define por una lucha y por la acción que se compromete; “nosotros” opera una junción entre yo y “lo” no-yo, entre mis pequeños asuntos y una causa más grande. De modo que “nosotros” está siempre, si puedo decirlo, delante de sí mismo, y no sabrá confundirse con una lógica de identificación o de pertenencia. No se trata con “nosotros” de decir quién soy yo, de declararme (“¡Pronúnciate, muchacho!”, hacía decir Novarina a uno de

sus personajes), no se trata ni siquiera de decir “como quien” soy yo, sino lo que nosotros podríamos hacer si nos anudamos.

Indudablemente, “nosotros” no nos rodea; “yo” no está en “nosotros”, “nosotros” no es un “en”, un contenedor en el seno del cual nos deslizariamos, un “círculo” recortado en la multitud. Lo político no se da como la cartografía de conjuntos identitarios y de sus intersecciones, aunque fueran numerosas, vivas y desmultiplicadas. “Nosotros”, escuchado pacientemente, no sabría abrir la pregunta de la identidad, sino la tarea infinita que consiste en hacer y deshacer los colectivos (sí, también deshacer – se lee en este momento sobre un muro: “¡Extranjeros, no nos dejen solos con los franceses!”). Anudemos-nos (anudémonos), desanudemos-nos (desanudémonos), con lo que ello supone de lugar hecho para las emociones, las afecciones, que son necesarias. Lo que se manifiesta así en la vida en común, en esta vida “de nosotros” si puedo decirlo, (y que un trabajo como el del sociólogo y *poeta* Luc Boltanski hace sensible, él que se muestra tan atento a un disentimiento inicial, y piensa la manera en que la gente, en un espacio atravesado por una multitud de desacuerdos, hace y deshace colectivos), lo que se manifiesta en la vida en común, entonces, es a la vez la imposibilidad y el llamado de esta vida en común: juntos el reconocimiento y la negación de nuestra imposibilidad a anudarnos los unos a los otros «de forma a la vez coherente, estable y justa» (Boltanski 2014). Nosotros tenemos que hacer colectivos no en detrimento de lo que nos separa, sino *con* esta insuperable conflictualidad, que es a la vez la carga y la oportunidad de lo político. Aquí, otra vez, la lengua da una lección, cavando una separación que se puede entender como una soledad, algo más allá de, pero también con lo que el sujeto, aquel que dice “yo”, debe de todas formas plegarse para hacer “nosotros”: «yo dice igualmente que todos los sujetos son distintos y que es esta separación nativa [...] la que abre el espacio, necesariamente diseminado, diseminante, de la enunciación» (Bailly 2014b: 173).

Tal vez “nosotros” es algo como el plural de “solo”: el plural de “solo”, “otro”, “separado”. “Nosotros” no se hace a partir de todos nuestros “yo”, que estén llenos o huecos, sino a partir de nuestras soledades; las pone en común, es decir, las reúne, las supera al reunir las y, por lo tanto, las mantiene. Hacemos y deshacemos colectivos con estas soledades y no a pesar de ellas. No anudamos nada más, pero ya es mucho, nuestra misma incertidumbre, nuestra misma soledad y entonces, también, nuestros mismos potenciales.

*

“Nosotros” no es indudablemente la palabra del final; es el punto de partida de una búsqueda necesaria, muy actual, pero que queda por instruirse con paciencia, libertad, atención, a la escucha de la lengua. “Nosotros” se dice en varios sentidos; sucede que se abuse de “nosotros”, sucede que “nosotros” en sí mismo sea un abuso. Un “nosotros”

bien comprendido sugiere la lengua, está siempre en avance sobre sí mismo, es el nombre de una causa, de una lucha, de una tarea, antes que el de una pertenencia o de una identidad (que se diría en tercera persona, recortaría islotes de “ellos” o de “ellas” en el conjunto más amplio de “todos”). “Nosotros” no existe sino abierto; así, “nosotros franceses de sepa” no tiene sentido (no tiene sentido para “nosotros”, no tiene honor); “nosotros franceses” lo tiene si la nacionalidad se adquiere y se da, lo tiene en la empresa de la *Historia mundial de Francia* conducida por Patrick Boucheron (2017), lo tiene en la atención vigilante al país portada por Jean-Christophe Bailly, que reflexiona sobre esta emoción de la “procedencia” que es el punto de partida de una línea ilimitada en el tiempo (y no aquella del origen, que es el retorno hacia un punto); pero “nosotros franceses” pierde su sentido en la boca de los Le Pen como lo había perdido bajo Vichy, convirtiéndose en un plural numerable, recortando un conjunto cerrado como una cerca, incapaz de hacerse ilimitado – como si hubiera ahí un plural lo suficientemente unido para hacer un sujeto, capaz de sostener un discurso sobre sí mismo. Y decir esto no es ser de buen corazón, es escuchar la lengua y la historicidad en la lengua. “Nosotros” es por definición ilimitado; no indeterminado (al contrario, es determinado: por una lucha, por ideas de vínculos, ideas de porvenir, que justamente lo fundan en sujeto colectivo, sujeto de una toma de palabra), pero ilimitado: bien decidido a no contar sus miembros. No hay una virtud mecánica de “nosotros”; “nosotros” no vale sino lo que vale la causa que coloca por delante de sí mismo, es decir, la idea hacia la cual tiende y por la cual lucha. Tal vez no vale sino lanzado con fervor (con cólera y alegría) en las verdaderas aventuras de emancipación. Al decir “nosotros”, digo lo que más me importa, aquello por lo que estoy dispuesto, dispuesta, a luchar: lo que debo defender o acusar para preservar mi amor por la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Bailly, J.-C. (2011). *Le Dépaysement. Voyages en France*. Paris: Éditions du Seuil.
- Bailly, J.-C. (2014). *Passer définir connecter infinir: dialogue avec Philippe Roux*. Paris: Argol.
- Bailly, J.-C. (2014a). *France(s), territoire liquide*. Paris: Éditions du Seuil.
- Bailly, J.-C. (2014b). “nous” ne nous entoure pas. *Vacarme* 69, 172-195.
- Bailly, J.-C. (2015). *L'Élargissement du poème*. Paris: Christian Bourgois.
- Benveniste, E. (1997). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.
- Boltanski, L. (2014). *De la crítica. Compendio de sociología de la emancipación*. Madrid: Akal.
- Boucheron, P. (2010). *Faire profession d'historien*. Paris: Presses universitaires de France.

- Boucheron, P. (ed.) (2017). *Histoire mondiale de la France*. Paris: Éditions du Seuil.
- Boucheron, P. & Riboulet, M. (2015). *Prendre dates. Paris, 6 janvier-14 janvier 2015*. Lagrasse: Verdier.
- Comité invisible (2007). *L'insurrection qui vient*. Paris: La Fabrique.
- García, T. (2016). *Nous*. Paris: Grasset.
- Karsenti, B. (2008). Ni évaporés, ni gelés: L'émancipation et son reste. *Po&sie* 2(124), 119-134.
- Karsenti, B. (2017). *La Question juive des modernes. Philosophe de l'émancipation*. Paris: Presses universitaires de France.
- Macé, M. (2017). "‘Nouons-nous’: Autour d'un pronom politique". *Critique* 6(841-842), 469-483.
- Marrou, E. (ed.) (2016). *Klésis* 34.
- Milner, J.-C. (2002). *Le Périple structural*. Lagrasse: Verdier.
- Milner, J.-C. (2007). *Les Noms indistincts*. Lagrasse: Verdier.
- Mouffe, C. (2016). *L'Illusion du consensus*. Paris: Albin Michel.
- Pagano, E. (2013). *Nouons-nous*. Paris: P.O.L..
- Rueff, M. (2017). "La voix pronominale". *Critique* 6(841-842), 530-550.